

Capítulo 1

El druida se hallaba de pie en la entrada, inmóvil como una figura tallada en la piedra oscura, observando a los jinetes que ascendían por la colina. Había anochecido. El lago de la Serpiente era un débil resplandor al otro lado de la cortina de robles y los grajos volaban para posarse en sus ramas con la última luz del día, graznando en su discordante idioma secreto. Era otoño: ya había pasado el día de la Medida. Reinaba en la atmósfera un vigorizante frío azul que cortaba la respiración.

Los hombres de armas subieron hasta el terreno llano que había frente a la entrada y fueron desmontando sucesivamente. En un primer momento pareció que no habían traído al niño. El druida se tragó la decepción, la frustración, la ira. Pero entonces Cinioch, que llegó el último, dijo: «Vamos, muchacho, despábilate», y Broichan vio la pequeña figura sentada delante del guerrero, arrebujada en unas envolventes prendas de lana, una figura que los otros movieron rápidamente para bajarla del caballo y conducirla frente al druida para que la inspeccionara.

Era muy pequeño. ¿De verdad ese niño iba a cumplir cinco años, tal como le había dicho Anfreda en la carta donde le notificaba su elección? Seguro que era demasiado pequeño para que lo enviaran allí, a Fortriu, tan lejos de su casa. Seguro que era demasiado pequeño para aprender. El druida volvió a notar que lo invadía la ira y controló su respiración.

—Soy Broichan —dijo bajando la vista—. Bienvenido a Pitnochie.

El niño levantó la mirada y la paseó por el rostro de Broichan, por sus oscuras vestiduras, por el báculo de roble con sus intrincadas marcas, por el cabello oscuro peinado con abundantes trencitas atadas con hilos de colores. Al niño se le estaban cerrando los ojos; estaba medio dormido de pie. Había sido un largo viaje desde Gwynedd, dos cambios de luna de camino.

El druida observó en silencio cómo el niño enderezaba los hombros, alzaba el mentón, respiraba hondo y fruncía el ceño para concentrarse. El chico habló con voz temblorosa pero clara:

—Soy Bridei, hijo de Maelchon. —Otra respiración; se estaba esforzando para que le saliera bien—: Que la..., la Brillante ilumine tu camino. —Su mirada se alzó hacia Broichan, unos ojos azules como el aciano; había miedo en ellos, estaba claro, pero aquel renacuajo no permitía que eso le supusiera un obstáculo. Y, gracias a los dioses, Anfreda le había enseñado a su hijo el idioma de los priteni. Eso le facilitaría enormemente la tarea a Broichan. Al fin y al cabo, tal vez no fuera demasiado pequeño con cuatro años.

—Que el Guardián de las Llamas caliente tu hogar —repuso Broichan, pues aquélla era la respuesta formal adecuada. Escudriñó aquellos pequeños rasgos con más detenimiento. La mandíbula firme era la de Maelchon; lo mismo ocurría con su erguida postura, la férrea voluntad que mantenía aquellos ojos abiertos a pesar de la influencia del sueño y evocaba las palabras memorizadas en medio de la extrañeza de su repentino despertar en un mundo diferente. Los dulces ojos azules, el rizado cabello castaño y el ceño fruncido eran de Anfreda. La sangre de los priteni corría fuerte y pura en aquel niño. La madre había elegido bien. El druida estaba satisfecho.

—Ven —dijo Broichan—. Te mostraré dónde dormirás. Cinioch, Elpin, Uргуист, bien hecho. La cena os espera dentro.

En el interior de la casa el niño siguió en silencio a Broichan, que lo condujo por delante de las miradas francamente curiosas de sus sirvientes hacia el salón, ocupado por los dos ancianos, Erip y Wid, y una maraña de grandes sabuesos frente al fuego. Los perros levantaron la cabeza y gruñeron una advertencia. El niño se estremeció pero no emitió ni un solo sonido.

Los ancianos tenían un juego de tablero y unas piezas de hueso sobre la mesa, entre los dos. A Bridei le llamaron la atención las sacerdotisas, los guerreros y los druidas tallados; ninguno de ellos era más grande que el dedo meñique de una persona. Vaciló un momento delante de ellos.

—Bienvenido, muchacho —dijo Erip con una sonrisa desdentada—. ¿Te gustan los juegos?

Un asentimiento con la cabeza.

—En tal caso has venido al lugar adecuado —terció Wid al tiempo que se acariciaba la barba blanca—. Somos los jugadores más destacados en todo Fortriu. Acorralar Cuervos, Batir la Muralla, Avance y Retirada, somos expertos en todos ellos. Te pareces a tu madre, muchacho.

Los ojos azules contemplaron al anciano con mirada inquisitiva.

—Es suficiente —dijo Broichan—. Vamos, ven por aquí. —Tenía que recordarles a Wid y a Erip que la educación del niño iba a estar bajo su control exclusivo.

En aquel momento empezaba la nueva vida de Bridei; el chiquillo debía recorrer el camino sin el peso de saber quién era y en qué tenía que convertirse. Ya habría tiempo de sobra para eso cuando creciera. Disponían de diez años, quince si los dioses les sonreían. En ese espacio de tiempo Broichan tenía que moldear a ese chiquillo para convertirlo en un joven capacitado en todos los sentidos para el importante papel que estaba destinado a desempeñar en el futuro de Fortriu. La educación de Bridei tenía que ser impecable. De hecho, era mejor que hubiera venido pronto. Quince años apenas serían tiempo suficiente.

—Ésta es tu habitación —dijo Broichan, y colocó la vela que llevaba en un estante. Bridei recorrió con la mirada la reducida estancia con su estrecha cama, su arcón para guardar cosas, su pequeña ventana cuadrada con vistas a los susurrantes abedules y a un pedazo de cielo oscuro—. Pareces cansado. Ahora duerme, si quieres. Iniciaremos tu educación por la mañana.

En Pitnochie la gente siempre andaba atareada. Bridei se convirtió en un experto en evitar a Mara, el ama de llaves de semblante adusto, y al malhumorado cocinero, Ferat, cuando les daban órdenes a gritos a sus desventurados ayudantes o concentraban sus considerables energías en sacudir el polvo de los tapices de la pared o en darle la vuelta a medio añojo en el asador. Incluso los dos ancianos estaban siempre haciendo algo. A menudo discutían, aunque nunca se enojaban. Sencillamente parecía gustarles no estar de acuerdo sobre las cosas.

Bridei también estaba muy ocupado. Las lecciones de Broichan constituían un reto para él, puesto que empezaron con la ciencia de las plantas, árboles y criaturas y pasaron rápidamente a incluir la práctica de las disciplinas personales del silencio y la concentración. Según dijo Broichan, Bridei era unos años menor que los chicos que se marchaban a los nemetones para recibir formación druídica, pero no demasiado joven para iniciarse en una tarea semejante.

Durante un tiempo Bridei reprimió las lágrimas todas las noches mientras estaba tendido en su habitación esperando dormirse. Pero su madre, su padre y sus hermanos mayores no tardaron en desvanecerse de su memoria. Ciertos detalles permanecieron con él: el ancho cinturón de su padre, de cuero oscuro con una hebilla de plata en forma de caballo. Un dulce aroma que asociaba con su madre, de violetas o de alguna

otra flor silvestre. Cuando incluso esas cosas se estaban volviendo lejanas en su mente, recordó las palabras de su padre al despedirse: «Obedece en todo a tu padre adoptivo. Obedece, aprende y no llores.»

Las estaciones pasaban y Bridei siguió aquellas instrucciones al pie de la letra. Se sentía satisfecho al ver que, modestamente, estaba cumpliendo con las expectativas de su padre. Erip y Wid, que también contribuían a su educación, le habían hablado sobre el ahijamiento: que ayudaba a las familias a formar alianzas y a hacer más fuertes y más útiles a los jóvenes cuando regresaran a casa. Se preguntó por qué su familia lo había elegido a él para enviarlo fuera y no a uno de sus hermanos, y se lo consultó a Broichan.

—Porque tú eras el más apto —dijo el druida.

—¿Cuándo me iré a casa?

Broichan volvió sus ojos oscuros e impenetrables hacia el chiquillo.

—Ésa es una pregunta que sólo los dioses pueden responder, Bridei —contestó—. ¿Estás descontento aquí, en Pitnochie?

—No, mi señor. —Y no lo estaba, pues le gustaban sus lecciones. Era tan sólo que, algunas veces, se preguntaba por qué estaba allí.

—Entonces no vuelvas a hacerme esa pregunta.

El calvo Erip y Wid, con su nariz aguileña, no tardaron en hacerse amigos de Bridei. Los ancianos sabían montones de trucos. Durante el primer invierno Bridei aprendió el juego de las pequeñas figuras talladas. Wid le enseñó a hacer un cuervo, un venado y una liebre de orejas largas con la sombra de sus dedos proyectada sobre la pared mientras una vela ardía detrás. Se estaban riendo de esto cuando Broichan, impenetrable, creó una imagen en la pared que no podían haber formado unas manos delante de una llama... ¿Qué hombre con tan sólo diez dedos a su disposición puede sacar de la nada un dragón con aliento de fuego, batiendo las alas y persiguiendo a toda una horda de guerreros aterrorizados?

En primavera, cuando se aproximaba el día del Equilibrio, Broichan se fue al bosque para orar y meditar en solitario. Estuvo fuera tres días y, en su ausencia, los ancianos enseñaron a su hijo adoptivo a engullir una taza llena de cerveza de un solo trago. La primera vez que lo intentó, Bridei vomitó sobre las losas y los perros tuvieron que lamer lo que había derramado. El druida regresó con una mirada extraña en los ojos y cierta palidez en el rostro. No dijo nada sobre el tiempo que había estado fuera. Pero pronto descubrió lo que había ocurrido durante su ausencia. La noche siguiente, cuando Bridei fue al salón para cenar, los ancianos no estaban.

El muchacho no era consciente de su soledad. Las palabras de despedida de su padre significaban que debía aceptar lo que se le presentara, tenía que afrontarlo y seguir adelante. Antes tenía una familia, y lo habían enviado lejos. Erip y Wid se habían portado muy bien con él y ahora se habían ido. Aquello debía servir de lección. Broichan decía que de todo se aprendía.

Por regla general, las clases del druida versaban sobre las señales: las que se podían ver, tales como la forma en que las hojas de los abedules pasaban de una cauta hinchazón a un fresco y verde despliegue, del verdeante vigor de pleno verano al seco y crujiente marrón de la época de las heladas; la forma en que se marchitaban, colgaban y caían luego para transformarse en frágiles esqueletos y para perderse en el rico mantillo que cubría el bosque y nutría al árbol padre. La manera en que aguardaban las hojas nuevas, ocultas, durante la época oscura, como un sueño en el fondo de tu mente que no puedes acabar de expresar con palabras. Había otras señales que quedaban atrás, cadenas y enlaces tan grandes e intrincados que Bridei creyó que se haría viejo antes de entenderlos de verdad. Pero intentó captarlos, escuchó con atención y observó a su padre adoptivo con el mismo detenimiento con que un animal joven observa a sus mayores, aprendiendo las grandes lecciones: cazar o morir de hambre, esconderse o que te atrapen, volar o caerse.

Durante el transcurso de aquel primer año el chiquillo estuvo junto al alto y severo druida en todos y cada uno de los rituales que señalaban el cambio de las estaciones. Primero fue el Umbral, el más secreto de todos, la entrada a la época oscura, la época de descanso, cuando la Diosa Madre proyectaba una sombra alargada sobre la tierra y la hierba se escarchaba, los estanques se helaban y las noches se prolongaban hasta que todos ansiaban ver el sol. En el ritual del Umbral una criatura derramaba su sangre y entregaba su vida allí mismo, delante de ellos, sobre una losa de piedra antigua. Broichan no le pidió a su hijo adoptivo que empuñara el cuchillo, eso lo hizo él. Pero sí le exigió que observara con estoicismo. La sangre del gallo lo salpicó todo. A Bridei no le gustó el sonido que hizo al morir, aun cuando el druida llevó a cabo el acto de manera rápida y limpia. Era necesario; la Diosa Madre así lo requería. Así lo esperaba, por todo el territorio de Fortriu. Después Broichan invitó a los espíritus de los ancestros al banquete. Se les destinó un lugar en la mesa. Si entrecerraba los ojos, Bridei creía que podía verlos, unas sombras pálidas y tenues de guerreros adustos, mujeres esbeltas y un niño silencioso aquí y allí.

Luego vino el Solsticio de Invierno, el día de la Brillante. En aquella ceremonia la presencia de la Diosa Madre todavía era fuerte, pero a partir de entonces su dominio se iría debilitando día a día, a medida que

el sol naciente avanzara con lentitud hacia el este. Se colgaron ramitos de celidonia por toda la casa, con lustrosas hojas de acebo y bayas rojas como la sangre; pronto habría nueva vida y aquéllas eran sus primeras promesas. El hecho de que la Brillante se hallara en perfecta plenitud la noche del solsticio era un presagio de que se avecinaba un año particularmente bueno, le explicó Broichan a su discípulo. Si eso ocurría, era un signo certero de la bendición de aquella reluciente diosa sobre los habitantes de la casa y las labores que éstos realizaban. Habría cosechas copiosas y corderos cebados; los árboles se combarían con el peso de sus frutos y las criaturas recién nacidas se desarrollarían estupendamente. Se le ocurrió a Bridei que, aunque Pitnochie tenía avena, ovejas y perales, allí no había ningún bebé, y ningún otro niño aparte de él. Exceptuando a Mara, el ama de llaves, la de Broichan era una casa de hombres.

Después del solsticio venían otras festividades: el Baile de la Doncella, consagrada a la Diosa de las Flores, la de las cosas que crecen; el Equilibrio, el día del equinoccio; el Auge, sobre el que Broichan no le reveló demasiado aparte de decir que en otros lugares, entre otras gentes, significaba algo más, y que Bridei ya se enteraría de los detalles cuando fuera mayor. En el Auge los días eran cálidos, el aroma de las flores flotaba profusamente en la atmósfera, las abejas zumbaban, los pájaros cantaban y Broichan permitía que los guerreros visitaran el poblado situado al sur de Pitnochie, un privilegio que tan sólo se concedía en contadas ocasiones. Bridei nunca había visto el poblado. Broichan dijo que no había ningún motivo para que fuera más allá de la casa y el jardín. Seguía el Solsticio de Verano, cuando el Guardián de las Llamas tenía más fuerza; la fiesta de la cosecha de la Recogida; y la Mesura, cuando la oscuridad y la luz caían de nuevo en perfecto equilibrio antes de que el año se apresurara hacia su final, hacia otro Umbral.

Bridei observaba y aprendía, repasando los rituales en la quietud de su pequeña habitación todas las noches antes de dormir, practicando los movimientos firmes y rítmicos que Broichan empleaba, ensayando el trazado del círculo, los solemnes saludos y despedidas. Al principio se esforzó mucho por las palabras que su padre le dijo al despedirse, porque sabía que era lo que se esperaba de él. Al cabo de no mucho tiempo ya estaba aprendiendo porque en su interior tenía ansias de saber, una fascinación por las cosas misteriosas y poderosas que Broichan podía revelar. Cuanto más descubría, más quería saber. Los rituales eran un buen ejemplo. No era sólo cuestión de realizar todos los movimientos. Broichan lo había dejado claro desde el principio. Uno debía conocer a los dioses, todo lo que los dioses pueden llegar a conocerse; uno debía amarlos y respetarlos y comprender el verdadero significado de las fes-

tividades hasta el punto de que los conocimientos se alojaron en lo más profundo de su ser, fluyeran con la sangre y existieran en cada respiración. Semejante aprendizaje era un proceso que duraba toda la vida; uno nunca dejaba de esforzarse por alcanzar un vínculo más puro entre la carne y el espíritu, entre hombre y dios, entre este y el Otro Mundo. Era un misterio tan maravilloso como terrible, dijo Broichan, y se harían viejos antes de alcanzar su verdadero núcleo.

Donal llegó en primavera, cuando Bridei tenía seis años. Donal era un guerrero con un feroz dibujo azul que le cubría las mejillas y la barbilla y un magnífico diseño de aros entrelazados en torno a los abultados músculos del brazo. Tenía los ojos muy juntos, una mandíbula amedrentadora y una sonrisa que hacía que Bridei se la devolviera sin ni siquiera pensarlo. Salían juntos a cabalgar, el niño montando a *Perla*, el poni de carácter dulce que Donal había traído para él, y el guerrero en un caballo huesudo de un color extrañamente moteado que se llamaba *Fortuna*. Para tratarse de un caballo de batalla era una elección inusual, pero también podría no ser tan extraña, dijo Donal; ¿acaso *Fortuna* no había llevado a su jinete en tres batallas contra los escotos, que eran unos desgraciados mal nacidos de cabello color zanahoria, sin que hombre ni bestia tuvieran ni una sola marca que lo demostrara? Bueno, hubo uno o dos dientes rotos —de Donal— y un pequeño rasguño en la oreja —la de *Fortuna*—, pero allí estaban, sanos y salvos, disfrutando de una vida magnífica cabalgando por los bosques con el hijo de un druida. Si eso no era tener suerte, ¿qué era entonces?

—Ahijado —lo corrigió Bridei.

—¿Y eso qué es?

—Broichan no es mi padre. Él me está enseñando. Cuando sea mayor, regresaré a casa. —Bridei no estaba seguro de que fuera así, pero no podía imaginarse qué otra cosa podía tenerle reservada su padre adoptivo.

—¿Ah, sí? —Era lo que Donal decía siempre. Significaba tal vez sí, tal vez no: una respuesta segura. Era el tipo de respuesta que aseguraría que Donal permaneciera en casa del druida más tiempo que los ancianos.

—Quiero galopar —dijo Bridei, que rozó los flancos de *Perla* con los talones, y salieron los dos de bajo los robles, cruzando la ladera por encima del lago. A Donal, un hombre alto montando un caballo grande, le resultaba difícil igualar el paso del poni en un terreno como aquél y Bridei fue delante todo el camino y lo condujo a un lugar donde la ladera descendía abruptamente en una maraña de zarzas y brezos. Los robles crecían en el borde de aquella brusca hendedura, pero dentro de sus umbríos confines sólo había árboles más pequeños cuya especie era difícil reconocer puesto que todos crecían torcidos, con formas arru-

gadas y extrañas. Incluso en un día como aquél, de los más despejados, la neblina flotaba sobre la grieta, y en la atmósfera reinaba una misteriosa quietud que destilaba miedo.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó Donal al llegar junto a Bridei y desmontar con un experto balanceo que lo llevó de la silla al suelo—. Creo que me produce una mala sensación. Mejor será que no nos entretengamos por aquí.

—Hay un sendero —dijo Bridei—. Mira.

No era fácil ver el camino, pues los aferrados zarcillos de los helechos y las dactiladas ramas de los arbustos bajos se extendían para ocultarlo. La niebla no alcanzaba la altura de una persona por encima del camino, que era estrecho y estaba formado de tierra bien apisonada: no era una brecha natural, sino que la habían hecho.

Donal vaciló.

—¿Has venido por aquí alguna vez, muchacho? —inquirió.

Bridei movió la cabeza en señal de negación.

—A mí no me gusta el aspecto que tiene —dijo el guerrero entre dientes al tiempo que hacía una pequeña señal con los dedos—. Si nos metemos por aquí, lo más probable es que nos encontremos en un diminuto claro rodeados de Seres Buenos que se divierten y que por la mañana nos despertemos en un reino desconocido del que nunca podremos regresar a casa.

—¿Sólo un vistazo rápido? —preguntó Bridei, pues aquello parecía una aventura. El poni se estremeció y agitó las orejas.

—En un sitio como éste no hay vistazos rápidos —replicó Donal en tono severo, y volvió a montar su caballo—. Ésa es una de esas entradas de las que hablan, lo veo claramente; mira esas piedras que hay allí junto a lo alto del sendero. Son una protección, puesta ahí por personas como tú y yo para evitar que otros vayan donde no son bienvenidos. O quizá son una advertencia a los de nuestra especie para que no vayamos por ahí. Venga, muchacho.

Bridei no era un niño testarudo; no se le ocurrió desobedecer. Además, estaba claro que *Perla* estaba tan ansioso por irse a casa como Donal. Mientras cabalgaban de vuelta a la casa, el valle oculto siguió obsesionando a Bridei, un enigma que exigía ser resuelto.

Había una manera buena y otra mala de hacer preguntas al druida. Bridei no debía plantearlas durante la cena como si tal cosa. Hacerlo así significaba recibir la respuesta de unas cejas arqueadas, una sonrisa enigmática y el silencio. Había algunas preguntas que el chico estaba aprendiendo a no hacer en absoluto: indagaciones sobre su madre, por ejem-

plo, o sobre el motivo por el que no podía bajar al poblado donde los hombres habían mencionado que había otros chicos de más o menos su misma edad. No habría buenas respuestas para esas preguntas. El momento para hacer preguntas era en el contexto de una lección, y debían presentarse de manera que fueran relevantes en el tema del día.

Por suerte, en aquel punto de la educación de Bridei, Broichan trataba de los hechizos y protecciones de índole doméstica. El muchacho ya había aprendido que había tres tipos de magia. La magia profunda, que era de la tierra y el cielo, del arroyo y la llama, del lento sueño en el corazón de las cosas, ésa era la magia que más tardaba en aprenderse y la más difícil de conocer. La magia alta era la que utilizaban los hechiceros más poderosos y, en ocasiones, los druidas. La magia alta era peligrosa; podía cambiar el curso de las guerras y derrocar reyes. En aquellos días rara vez se veía. Por último estaba la magia doméstica, que era la que habían estado estudiando. Ésta la podía utilizar cualquiera, siempre y cuando se tuviera cuidado. Los pequeños errores podían hacer que saliera mal; uno podía acabar con las cosas del revés, por así decirlo, si no aplicaba el hechizo exactamente de forma correcta. La gente común y corriente, como los habitantes de las casitas de arriba y abajo del lago, la usaban para aplacar o rechazar las presencias maliciosas que salían de los bosques con la luna llena o se aferraban a los botes de pesca del lago en los días de neblina.

El caso de los bebés, por ejemplo. Todo el mundo sabía que un recién nacido no estaba a salvo hasta que no metían una llave en su cuna: ese pequeño talismán aseguraba que los Seres Buenos no se llevarían al pequeño de la casa y dejarían en su lugar una figura diminuta hecha con ramas y hierbas entrelazadas. La llave afianzaba al niño a su casa. También había puertas que tenían que protegerse contra la posible entrada de espíritus entrometidos. Había muchas maneras distintas de hacerlo, enterrando sal de hierbas concretas, por ejemplo, o clavando clavos de hierro en la madera.

Broichan y el chico llevaban varios días trabajando en este tipo de cosas y Bridei ya sabía por qué los enebros crecían junto a la entrada de las casitas de la Cañada y el motivo de los círculos de tiza en las puertas de entrada. Aquéllos eran los encantamientos más básicos, sencillos de preparar pero de efectos poderosos. El bosque albergaba muchas formas de vida. Los lobos acechaban al viajero solitario; un jabalí podía volverse contra un cazador, rajarlo y pisotearlo con los colmillos y las pezuñas. La habilidad y el sentido común se ocuparían de esas amenazas. Los zorros acudían a robar en el gallinero y las águilas a llevarse a los primeros corderos. La vigilancia y una buena administración podían rechazar tales peligros, en su mayor parte. Un granjero siempre sufriría

algunas pérdidas; así eran las cosas en la naturaleza, para que tanto los hombres como los animales pudieran sobrevivir. Una cosa eran las criaturas, que no tenían que subestimarse, por supuesto, pero las personas corrientes estaban capacitadas para ocuparse de ellas. Los Seres Buenos eran otra cosa totalmente distinta. Los Seres Buenos. El nombre inducía a error. La gente lo utilizaba, le explicó Broichan a su pupilo, para no ofender.

—Tienen otros nombres, ¿sabes, Bridei? —le dijo con gravedad mientras estaban sentados en un banco de piedra frente a las cenizas de la fogata de la pasada noche. La primera luz del día empezaba a filtrarse en el interior, fría y pura, a través de los cristales de colores de la ventana redonda de la sala del druida. Formaba un dibujo en las losas, rojo, violeta, azul medianoche. Bridei se subió la capa alrededor del cuello y enterró las manos en sus pliegues. No dejaría que el druida viera que temblaba, aunque tenía frío en todas partes—. Nombres que no pronunciaré en voz alta fuera de casa, pues enojar a esa gente es invitar a que te hagan daño. Sus verdaderos nombres son tales como... —el tono de voz de Broichan quedó reducido a un susurro— el Urisk, que habita tras el rocío de la cascada y sigue a los hombres por la noche gritando su soledad; o los Tarans, espíritus de chiquillos que murieron en la cuna; o la Hueste de los Muertos. Hay muchos como éstos, todos distintos, todos peligrosos a su manera particular. Muchos de ellos tienen una apariencia hermosa. Y les damos un nombre hermoso. Eso en sí mismo ya es una protección contra el daño.

Bridei asintió con un movimiento de la cabeza y con la esperanza de que el druida no oyera cómo le castañeteaban los dientes.

—Hay que respetarlos en todo momento —le dijo Broichan con gravedad—. Respetarlos y temerlos; no puedo añadir «fiarse de ellos», porque esa gente no entiende la palabra como nosotros. Nuestros conceptos de lealtad y confianza les resultan incomprensibles. No obstante, una persona sensata conoce la importancia de semejantes seres en el orden de las cosas. Todos dependemos unos de otros, plantas y criaturas, piedras y estrellas, Seres Buenos y género humano por igual. Y ahora —Broichan se puso de pie— levántate, cierra los ojos y enumérame los talismanes que has visto colocados para proteger mi casa contra las entradas no deseadas.

Bridei se levantó. No había habido estudio para eso, ni una visita de inspección, ni preparación alguna: sencillamente la expectación siempre presente de que observaría y aprendería, a cada momento de cada día. Cerró firmemente los ojos y vio en su mente la casa larga y baja de piedra gris, la techumbre de paja y juncos oscurecida por la lluvia y el hielo, las plomadas colgando de sus robustas cuerdas. Se

imaginó los márgenes de la vivienda, las plantas que allí crecían, el trazado de los senderos circundantes. Luego las puertas, las aberturas, todas las salas, todos los rincones. Los enumeró para el druida con todos los detalles que pudo: enebro, helechos y romero, un sendero de guijarros blancos formando un círculo, una caja de piedras agujereadas debajo de las escaleras de entrada. Tres clavos en la puerta trasera, un triángulo. Coronas de hojas y pinchos encima de las puertas, una ristra de ajos.

—¿Y? —preguntó Broichan.

Por un instante la memoria de Bridei vaciló; respiró profundamente y prosiguió:

—La ventana, la especial... es redonda como la luna llena. Ésa es la bendición de la Brillante sobre todos nosotros. El cristal de colores es así para que... los Seres Buenos no puedan ver dónde está la entrada.

—¿Y?

—Y... cosas normales, que no son mágicas. Mara saca cuencos de leche. Ferat pone una hogaza de pan bajo los serbales. Así los Seres Buenos no les harán daño ni a las vacas ni a los caballos.

—¿Algo más?

Hubo una pausa.

—Uno nunca termina de aprender —dijo Bridei. Era una de las frases favoritas de su padre adoptivo—. Pero esto es todo lo que se me ocurre ahora. Y tengo una pregunta, mi señor.

—Puedes abrir los ojos, hijo —dijo el druida. Bridei parpadeó y vio, aliviado, que su padre adoptivo estaba poniendo leña en el hogar. A Broichan se le daba muy bien encender el fuego; lo único que le hacía falta para conseguir las llamas era una o dos palabras pronunciadas entre dientes y un chasquido de sus largos dedos. Los troncos de pino llamearon, prendieron y empezaron a arder vivamente. El calor se extendió por la estancia, alcanzando los dedos entumecidos de Bridei, la nariz helada, las orejas doloridas.

—Siéntate, muchacho. Plantea tu pregunta.

—¿Qué significa cuando hay un montoncito de piedras blancas colocadas junto a un sendero? ¿Quiere decir que pases o que no pases?

Ya se le estaban descongelando las manos. Broichan chasqueó los dedos y uno de los hombres de la cocina trajo gachas de avena, leche y una jarra de aguamiel en una bandeja.

—Cómete el desayuno, Bridei —dijo el druida con una mirada ausente en los ojos y el ceño un tanto fruncido—. Dime, ¿Donal te ha llevado por senderos que no deberías haber pisado?

Bridei se sonrojó, con una cucharada de gachas a medio camino de sus labios.

—No, mi señor. Fui yo quien lo llevó. No fuimos por ese sendero, el de las piedras. Donal dijo que era mejor que no lo hiciéramos. Los caballos estaban asustados. Dijo que tenía que preguntarte sobre ello.

—¿Antes de volver para explorar más, quieres decir? —el tono de Broichan no era enojado.

—No si tú dices que no lo haga, mi señor. ¿Conoces ese lugar?

Broichan se sirvió aguamiel e hizo caso omiso de las gachas. Tomó un sorbo, reflexionó y dejó la taza en la mesa.

—Primero tengo otra pregunta para ti —contestó.

Al parecer la lección no había terminado todavía. Bridei volvió a poner el cuenco de gachas en la bandeja y se quedó sentado sin moverse, esperando.

—No eres poco observador. Tienes buen ojo para las cosas que protegen la casa de los intrusos. Quiero que vuelvas a considerar tu respuesta, y esta vez no contestes la pregunta como un niño recitando algo aprendido, contesta como un druida, usa la cabeza.

Bridei pensó rápida e intensamente. No estaba seguro de cuál era la respuesta que quería Broichan. Quizá la clave estuviera en la propia pregunta.

—No se trata únicamente de los Seres Buenos —dijo, teniendo en cuenta las posibilidades—. Hay otras clases de peligros. Unos peligros contra los que no puedes usar hechizos.

—Continúa —dijo Broichan.

—Donal me enseña a montar —ahora Bridei pensaba en voz alta—, pero también es una especie de guardián. Aquí hay montones de hombres armados. Sé que puedes invocar las brumas y lanzar encantamientos a los árboles para que cambien de sitio. Aquí no viene mucha gente. Y siempre llevas un cuchillo escondido en tus vestiduras. Creo que hay peligro. Tú no sales mucho, aun cuando eres el druida del rey. Erip dice que eres el hombre más inf..., infer... influyente de todo Fortriu.

—¿Qué significa eso? ¿Influyente?

—Puedes hacer que la gente haga lo que tú quieres —se aventuró a decir Bridei.

—¡Ja! —El sonido que emitió Broichan fue casi como una risa, pero no tenía nada de alegre. Bridei se quedó callado, preocupado por que su respuesta hubiera contrariado al druida.

—¡Ojalá fuera cierto! —añadió Broichan, que tomó una cuchara y la hundió con evidente desagrado en las gachas que se estaban enfriando y en cuya superficie se estaba formando una capa grisácea—. ¡Ojalá prevaleciera la sabiduría en esta tierra confusa y sumida en la ignorancia, Bridei! Un druida, por muy influyente que pueda ser, no puede reunir suficiente poder para sanar las dolencias de Fortriu.

Bridei reflexionó sobre ello y se olvidó del desayuno.

—Pero tú puedes hacer fuego, cambiar el tiempo, y sabes muchísimas cosas, hechizos y amuletos, plantas y animales —dijo—. ¿Acaso no eres el hombre más poderoso? ¿Más incluso que los reyes?

Broichan lo miró con unos ojos oscuros y vigilantes como los de un halcón.

—Se te están enfriando las gachas —comentó—. Será mejor que te las termines. Ni el guerrero más audaz opta por cabalgar hacia la batalla con el estómago vacío. Es lo que te diría Donal.

Para entonces Bridei ya se estaba acostumbrando a la manera de hablar de Broichan. Engulló ese revoltijo espeso y se reservó sus pensamientos. Tenía la sospecha de que, a pesar de sus artimañas y rarezas, no era a los Seres Buenos a los que más había que temer. El peligro provenía de otra parte: del mundo de los hombres.

Bridei se terminó el desayuno y salió del salón con su pregunta todavía sin responder. Cuando fue a los establos a la hora señalada, la yegua negra del druida, *Afin*, estaba esperando, ensillada, junto al pequeño y pulcro *Perla* y al patilargo *Fortuna*. Broichan y Donal estaban enzarzados en una conversación, pero ambos se callaron cuando Bridei se acercó.

—Llévanos al lugar del que me hablaste, chico —dijo el druida—. Enséñanos las piedras, la niebla, la entrada. Aproxímate con la debida cautela. Aplica lo que has aprendido. No vayamos dando tumbos por el bosque; tal vez dejes que tu poni haga el trabajo, pero debes ayudarlo en su camino como si anduvieras sobre tus propios pies, sin perder en ningún momento el pulso de la tierra debajo de ti, ni la conciencia de lo que tienes por encima y en torno a ti. Desplázate siempre por el bosque como una parte de él, Bridei, no como un intruso. De esa forma no necesitas hechizos de protección. ¿Montamos?

Era una hermosa mañana. La atmósfera retenía el frío vigorizante del otoño; no faltaba mucho para las primeras heladas. Los caminos estaban cubiertos de una tupida capa de hojas caídas, marrones, doradas, ocres y rojizas amontonadas aquí y allá en grandes pilas, como el tesoro escondido de un dragón. Seguían cayendo cuando la brisa agitaba las ramas, ya un susurro de amarillo, ya una frágil lágrima roja como la sangre. Las patas de los caballos emitían un suave crujido al pasar. Bridei distinguía la nube que formaba el aliento de *Perla* y la que formaba él, más pequeña. Se alegró de haberse puesto el sombrero de piel de oveja.

Consciente de las instrucciones del druida, Bridei montaba con cuidado, mirando a su alrededor. Había cosas extrañas en aquel bosque, eso ya lo sabía por sus paseos; cosas que creías ver con el rabillo del ojo

y que ya no veías cuando las mirabas directamente. Reflejos rojos que no eran hojas; repentinos movimientos susurrantes que no eran pájaros al pasar. Arbustos que crecían allí donde el día anterior no había habido más que rocas cubiertas de musgo; sonidos parecidos a risas o cantos en lugares alejados de las moradas humanas más próximas. Bridei se estremeció. Seres Buenos era un nombre amistoso, un nombre agradable. Lo que Broichan le había contado sobre ellos era otra cosa.

Los jinetes pasaron bajo unos grandes robles y se detuvieron al borde de la súbita hendidura de la ladera. Bridei desmontó. El montoncito de piedras seguía allí. Al otro lado del sendero había entonces un idéntico mojón en miniatura. Entre los dos, el empinado camino, envuelto en su vaporoso manto, se adentraba en las profundidades del valle oculto.

Los otros dos se habían apeado de sus monturas. Donal sostenía las dos riendas. Broichan, con sus ojos de párpados caídos, observaba a Bridei.

—La decisión es tuya, muchacho —dijo el druida—. Interpreta las señales y dinos qué hacer.

—Seguimos adelante —respondió Bridei inmediatamente, y el corazón le dio un vuelco con una mezcla de excitación y temor—. La última vez *Perla* tenía miedo de ir por aquí. Hoy no tiene miedo, ¿lo veis?

—De todas formas —replicó Broichan— dejaremos los caballos aquí con Donal para que los vigile. La clase de problemas de los que él puede protegernos no van a perseguirnos en un lugar tan misterioso como éste. Por otro lado, en estos bosques hay ciertas fuerzas con un ojo particularmente bueno para la buena carne de caballo, y esta velada cañada parece precisamente el tipo de lugar que sería de su agrado. Tu pequeño *Perla* estará mucho más seguro aquí, por muy dispuesto que esté a seguirte.

Donal parecía más que contento de quedar fuera de la expedición. Ató flojamente a los caballos y al poni y luego se acomodó contra el sólido tronco de un roble con sus largas extremidades separadas entre las raíces, aparentemente descansando. Era una pose engañosa; la mirada de aquellos ojos entrecerrados, la posición estratégica del cuchillo y la daga que podía agarrar con un rápido movimiento de las manos le eran familiares a Bridei. Donal ya le había dado unas cuantas lecciones que no tenían nada que ver con los caballos.

Mientras caminaba por el empinado sendero detrás del druida, el muchacho tuvo la extraña sensación de que las plantas trepadoras, los aferrados arbustos, las púas, pinchos y espinas se replegaban sobre sí mismos; que el sofocante y enmarañado manto de sotobosque había optado por dejar pasar a los intrusos aquel día en concreto. Se preguntó

si sería el resultado de un hechizo lanzado por Broichan, pues sabía que el druida poseía un dominio considerable sobre las fuerzas de la naturaleza. En aquellos momentos no había ningún indicio de magia. Broichan simplemente caminaba colina abajo, sus pies calzados con botas pisaban con cuidado por la escarpada pendiente, llevaba el báculo en una mano mientras que con la otra se levantaba los bajos de sus vestiduras para que no rozaran el suelo. Si estaba lanzando algún hechizo no era por medio de sus manos, ni mediante palabras de ensalmo. La magia ya estaba allí, pensó Bridei.

No estaba seguro de qué esperaba ver: gente pequeña escondiéndose debajo de los hongos, quizás, o unos rostros de dientes largos haciendo muecas y sobresaliendo por entre la maleza, o al Urisk surgiendo de entre la niebla y las sombras, con la mirada triste y lastimera y las manos extendidas. En realidad, lo único que había era el manto vaporoso de un gris azulado y el sendero que se adentraba cada vez más en su cegadora espesura.

Al final el terreno se volvió llano y, como si, en efecto, estuvieran a merced del encantamiento de un druida, la cortina de bruma se retiró y se encontraron justo al borde de un lago oscuro y profundo. Un paso más y sus aguas hubieran engullido tanto al hombre como al chico. Bridei se tambaleó un poco y luego recuperó el equilibrio. Broichan se había quedado muy quieto de repente. A medida que los jirones de niebla se separaban empezaron a revelarse otros mogotes: unas piedras achaparradas recubiertas por una costra de líquenes y colocadas en torno a aquella laguna de montaña como animales agachados para beber de sus fuscas aguas; una enredadera que se emparraba y enroscaba por todas partes, con sus hojas lanceoladas de un color oscuro como gemas y sus flores unos diminutos puntos del blanco más puro. Aparte de eso la tierra estaba desnuda; allí no crecían arbustos ni helechos, no había frondes que suavizaran los márgenes del lago o bordearan las rocas, excepto aquella única y exuberante enramada que se extendía en profusión siguiendo su propio camino caprichoso. La calma era absoluta. Ni un solo pájaro cantaba; ni una sola criatura se agitó en la maleza junto al camino; ni una mosca perturbó el reflejo en la superficie de la oscura laguna. Era como estar en otro mundo, un reino que no hubiera sido tocado por la mano del hombre, que no hubiera sido hollado por pie humano. Era tal el silencio que reinaba que Bridei creyó oír el latido de su propio corazón.

—Esta hondonada se llama el Valle de los Vencidos —la voz de Broichan era un susurro. En aquel lugar tranquilo aquel hilo de voz era tan molesto como un grito—. Te contaré su historia de camino a casa. Mira el agua, Bridei. Ven, ponte aquí.